

LIBRO SETIMO

CAPÍTULO PRIMERO

TRASCENDENCIA DE LAS RIVALIDADES DE FRANCISCO I Y CÁRLOS V Á
LA REVOLUCION RELIGIOSA

Imposible completar el conocimiento de la obra gigantesca de Lutero, sin conocer el estado general de Europa en aquellos días; é imposible conocer el estado general de Europa en aquellos días, sin estudiar sus dos bases fundamentales, el Pontificado y el Imperio. Aun no habia espirado Leon X, muerto á la edad de cuarenta y siete años, cuando ya los cardenales se congregaban, caliente aun el cadáver, para concertarse y decidir el nombramiento de su inmediato sucesor. Las muchas obras emprendidas requirieron cuantiosas sumas; las sumas allegadas desolaron la fe antigua en la Alemania moderna; y á la hora de morir Papa tan exactor y apremiante faltaba dinero, en aquellos palacios poblados de maravillas y de riquezas, hasta para el entierro. Subiendo las deudas de los últimos días de reinado á la cantidad apenas creible de ochocientos mil ducados en oro, hallábase la caja apostólica en tal penuria, que pidió recursos al banquero Ghigi, al monseñor Regi, á otros varios; y aun faltó para pagar lo que pedian las poderosas familias feudales encargadas de ofrecer al Conclave seguro y darle guardia en la inseguridad secular de todas las elecciones pontificias. El misérrimo estado de la fastuosa corte del Papa Médicis resalta en el hecho referido por todos los historiadores del tiempo, resalta en la necesidad que tuvo la cámara sagrada de consagrar al catafalco de Leon X los cirios comprados para el catafalco de San Giorgio, muerto

la noche antes. Componíase el Conclave de aquellos cardenales mas expertos en las artes de la política y de la guerra que en los dogmas de la teología y de la escolástica; conocedores profundos de las antiguas letras y conocedores superficiales de la católica liturgia; mundanos hasta el extremo de asistir á los teatros y á las orgías mas que á los templos y á los cabildos; rodeados de todo el esplendor de una corte asiática; repletos de todo el cúmulo de riquezas que se alcanzan en los azares de tiempos perturbados y difíciles; tipos verdaderos de aquella época en que el arte habia sustituido por completo á la religion y los intereses secundarios del gobierno temporal y de la economía pública al esplendor del ideal y al culto de la fe. Veíase en aquel Senado un Remolino, que emulaba los vicios y los talentos de Alejandro VI; un Flisco, tipo feudal empeñado en tener una horca de siervos á la puerta de su palacio, y en batir moneda con su sacra efigie; un Armelino, el cual se asemejaba en el arte de cohechar á los antiguos prefectos del romano Imperio; un Soderini, el cual, sirviendo los intereses de la dinastía aragonesa en Nápoles, habíase captado colosal fortuna, que dispendiaba en toda suerte de caprichos; un Cornero, veneciano, gran cazador de liebres en el campo y de intrigas en la corte; un cardenal de Este circuido, como el gran turco, de su serrallo; un Colonna, condotiero de las peores condiciones, que habia talado innumerables campos, herido y muerto innumerables fieles, violado innumerables mujeres; y otros varios, en quienes los peligros corridos por la unidad católica de Europa y las tempestades suscitadas por la revolucion religiosa de Lutero, no hacian mella de ningun género, á pesar de lo tristes y oscuros que estaban todos los horizontes y de lo removida y requebrada que estaba á la sazón toda la tierra.

Pocas veces apareció tan difícil la eleccion de un nuevo Papa. Existia en el Sacro Colegio un bastardo de los Médicis, el cual contaba con quince votos, de los treinta y ocho, que componian el Conclave. Mas esta mayoría de veintitres votos encontrábase en bien singular estado; porque todos los veintitres querian votarse personalmente cada cual á sí mismo. Por algunos momentos la concentracion de fuerzas, siquier fuesen pocas, en torno del Médicis, le daba como visos y probabilidades de victoria. Pero las pretensiones de Cárlos V, que apoyaba la candidatura de su maestro Adriano de Utrech,

gobernador regente por aquellos dias en nuestra España; las pretensiones de Enrique VIII, que apoyaba la candidatura de su primer ministro el cardenal Wolsey; unidas á las pretensiones personales de todos los prelados, deseosos é impacientes, como hemos dicho, de votarse á sí propios, daban al asunto una tan grande confusion que apenas pueden decirse las intrigas urdidas y los escrutinios hechos para llegar á un resultado.

Hasta en la policía del religioso Congreso hubo miles de inconvenientes. Abriáanse las puertas diariamente para sacar las basuras; y los señores feudales decidieron, como apostados que estaban en el sitio de salida, oponerse á esta innovacion. Armóse tambien una ruidosa contienda y tomáronse varias determinaciones sobre el grave asunto de los votos abiertos y cerrados, en cuyo asunto se introdujeron mil varias corruptelas. El 30 de diciembre hubo un escrutinio, que no dió ningun resultado; el 31 de diciembre otro escrutinio que tampoco dió ningun resultado; el 3 de enero otro escrutinio que tambien se frustró; el 6 nuevo escrutinio embrollado y difícil; en todos los cuales predominaban tres nombres principalmente, Flisco, Farnesio y Médicis, sin que ninguno de ellos obtuviera definitivamente la victoria canónica. Dos nuevos escrutinios, celebrados en dos dias diversos, y parecidos en todo á los anteriores, marraron tambien. Propúsose por algunos que cada cardenal se quedase aislado y solitario en su celda; y no habiendo podido alcanzarlo, reunió Médicis varios de sus compañeros en una especie de Congreso. Los incidentes no tenian número. Dos partidos se formaban como en el Conclave que nombró á Leon X, el partido de los jóvenes y el partido de los ancianos. Y estos últimos clamaban con grande intensidad é insistencia para que se tomase una resolucion, pues la clausura, el combate, la inercia, las emociones los tenia á todos los de ciertos años y ciertos achaques realmente enfermos. Una nueva votacion se verificó el 8 de enero; y esta nueva votacion dió resultados idénticos al de las votaciones anteriores. Por fin el 9 de enero, habiendo dicho el cardenal San Sixto que hasta entonces se lo guardara profundamente, el secreto de que el Emperador favorecia la candidatura de su maestro Adriano de Utrech, salió este flamenco elegido, á pesar de tener contra sí la voluntad unánime de todo el Conclave.

Estaba el pueblo acostumbrado en Roma de antiguo á tener Papas es-

pléndidos, artistas, italianos, devotos al culto de la belleza, dados á la fabricacion de grandes monumentos, políticos á la florentina, verdaderos Pontífices del Renacimiento; y no podia con tales hábitos recibir de buen grado á un viejo flamenco, indiferente á las bellas artes, ajeno á la hermosa Italia, desconocido de Roma en la cual nunca habitara, teólogo á la antigua mas que sabio á la moderna, incapaz de comprender y apreciar á su pueblo ni de ser por su pueblo comprendido y apreciado. Pocas veces el temperamento de un rey discordó del temperamento de un pueblo como en este supremo instante de la historia del Pontificado y del Imperio. Adoraba Roma el Renacimiento helénico y Adriano la teología escolástica; contenia Roma legiones de artistas y Adriano deseaba que contuviese legiones de penitentes; gustaba Roma de la vida voluptuosa, natural á aquellas cortes compuestas de príncipes epicúreos, y gustaba su monarca de la vida triste y austera, propia de todo verdadero cenobio; excavaba Roma los abismos de las ruinas antiguas, buscando en el polvo de los siglos las estatuas clásicas que traian al seno de la civilizacion cristiana el soplo del Paganismo helénico, y proyectaba el Papa con madurez calcinar aquellos mármoles de Paros, destruir aquellos relieves de Atenas, borrar las imágenes rientes de los frescos deslumbradores, semejándose su helado espíritu en edad tan artística y riente á una escarcha de enero caida sobre un campo de mayo. Así no es mucho que, presintiendo el pueblo romano con su sensibilidad maravillosa ó alcanzando con su conocimiento de la Iglesia las cualidades del elegido tan opuestas á sus propias inclinaciones, manifestara hondísimo disgusto desde el instante en que supo la inesperada eleccion. A medida que los electores iban saliendo, amenazábanles con furor las muchedumbres, y les reconvenian por no haber nombrado á uno entre ellos mismos. Las casas tenian esas señales de duelo que acostumbraban á poner los romanos en todas sus contrariedades. Por las principales y mas concurridas calles veíase este lema tristísimo: «Roma se alquila.» Un estupor general reinaba en la Ciudad Eterna, que parecia conquistada de nuevo con la presencia de aquel extraño Pontífice á su coronada cabeza.

El Sacro Colegio decretó que, en ausencia del Papa, tres cardenales, designados mensualmente, gobernasen el Estado y habitasen el Palacio pontificio. A pesar de haberse verificado el nombramiento á principios de enero, no se

conoció la aceptación del nombrado hasta el 10 de abril. Contra una costumbre antigua, que exige de los Papas el cambio de su nombre de pila por otro nombre de carácter pontifical, Adriano guardó el suyo propio y tomó el número ordinal que á los Adrianos correspondía en la sucesión de los Papas, el número sexto. Aunque este número indicaba bien á las claras que el nombre designado era eclesiástico y pontificio, disgustáronse profundamente los cardenales, creídos de que la tradición imponía un cambio más radical y más completo. Hasta el 5 de agosto no dejó Adriano España, de la cual partióse para siempre por las costas que vieron tantas antiguas irrupciones romanas, por las costas tarraconenses. La dificultad de las comunicaciones en aquel tiempo salta inmediatamente á la vista con solo saber que Adriano tardó veintinueve días en ir desde Tarragona á Civitavecchia, después de haberse detenido dos días en Liorna, donde recibió á los primeros cardenales del Sacro Colegio. La peste desolaba todas aquellas comarcas. Más de seis mil muertos habían sido enterrados tan solo en la Ciudad Eterna. El terror reinaba en los campos y en las poblaciones. Y á pesar de ello Adriano llegó á Ostia con una especie de flota; subió por el Tíber en una barcaza; recibió al Sacro Colegio y al pueblo rey en San Paolo; tomó la tiara en la escalinata de San Pedro; celebró las agapas de su coronación austera en el salón de Inocencio VIII; y se encerró en el Vaticano como pudiera encerrarse un penitente extático en los desiertos de Egipto.

No tenía, no, el Pontífice Adriano la indiferencia que por la Reforma mostrara en todo su Pontificado Leon X. Germano de origen, flamenco de patria, teólogo de profesión, catedrático de las universidades del Norte, conocedor profundo del movimiento de los espíritus en Alemania, enemigo implacable del Paganismo italiano, acostumbrado á estimar la religión más por su influjo moral que por su influjo artístico, maestro como de Carlos V, de Erasmo y otros pensadores del tiempo, menospreciador de esas hermosas bagatelas sin ninguna utilidad material que se llaman obras artísticas y poéticas, estaba firmemente penetrado de una gran necesidad, de lo indispensable que era para la Iglesia católica regenerarse moralmente, si quería vencer la Reforma luterana y superar la revolución religiosa. A este fin comenzaba él mismo por dar enseñanza viva en su persona con la austeridad de sus virtu-

des, con la frecuencia de sus devociones, con el cumplimiento de sus votos, con el éxtasis que le sobrecogía en las misas y demás ceremonias religiosas, con los sermones que predicaba en las audiencias públicas, con la sobriedad monástica que tenía en su mesa, con la regularidad de sus gastos, con la concisión de su lenguaje, con el respeto á todas las personas y á todos los derechos, con el apartamiento de la sociedad y la consagración de todo su ser á la disciplina y al culto. Una idea le aterraba tan solo entre las ideas políticas, la consideración de los triunfos y de los progresos del Gran Turco, cuyo alfanje veía brillar á guisa de cometa en las estrelladas noches sobre las cúpulas de Roma. Pero nada podía en realidad hacer, no obstante su posición excepcional, por impedirle un defecto capitalísimo, la irresolución. Así que le presentaban en el curso de los negocios cualquiera de las necesarias soluciones, respondía «*videbimus,*» *veremos*, respuesta dañosa en todas las posiciones de la vida y mucho más en aquellas que exigen la unidad de acción y que llevan como aparejadas las grandes responsabilidades morales ante el tribunal de la historia. Por una especie de hábito, frecuente en la vida de todos, el antiguo catedrático flamenco continuaba ejerciendo el magisterio en su alta posición de Pontífice, y como ejercía el magisterio, consultaba libros sobre libros, escribía tratados sobre tratados, invocaba el auxilio de Erasmo para el combate con la Reforma, consumía su vida en la Biblioteca y olvidaba por completo su oficio de Papa, cuando el Gran Turco se disponía con toda resolución á invadir á Alemania, y las rivalidades entre Francisco I y Carlos V amenazaban de continuo ensangrentar á Europa, y la revolución social centelleaba sus sangrientos relámpagos en los tempestuosos cielos de Alemania, y España se retorcia de dolor viendo concluidas sus libertades históricas en las luctuosas derrotas de los comuneros castellanos, y la Gran Bretaña se acercaba á más andar al cisma, y las costas del Norte de Africa se poblaban de piratas, y caían como los ganados en los mataderos los pueblos cristianos de Oriente bajo la inmensa pesadumbre de las victorias mahometanas.

En su natural candor Adriano imaginaba cosa fácil la reconciliación de Francisco I y Carlos V, sin comprender que, colocado entre dos enemigos tan irreconciliables, debía recibir heridas de ambos, y sobre todo, de su discípulo Carlos V, el cual no acertaba de ninguna suerte á comprender cómo,